



Homilía en la Santa Misa en la Solemnidad de San Pedro de Osma, patrono principal de la Diócesis S. I. Catedral (El Burgo de Osma) – 2 de agosto de 2019

Saludo a mis queridos hermanos en el episcopado D. Vicente, Arzobispo de Zaragoza, y a D. Casimiro, Obispo de Segorbe-Castellón; también a los Vicarios episcopales, al Cabildo de la S. I. Catedral, a los sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano, autoridades, hermanos todos en el Señor:

Hoy es un hermoso día de fiesta, la Solemnidad de San Pedro de Osma, patrono principal de la Diócesis. El año pasado tuvimos la celebración gozosa de un acontecimiento que fue y sigue siendo una realidad extraordinaria para la Iglesia diocesana: el vigésimo aniversario del Sínodo diocesano que llevaba por lema “*Una Iglesia viva y evangelizadora*”. Estoy seguro de que los frutos han sido muchísimos y que todavía quedan muchas virtualidades del Sínodo que debemos poner en marcha para hacer de nuestra Diócesis una Iglesia misionera.

La vida y obra de San Pedro de Osma son por todos conocidas. Aunque el Obispado de Osma existía desde antiguo, Pedro de Osma recibió el encargo de restaurarlo después de la invasión musulmana. Restauración que no consistió sólo en lo material sino, sobre todo, en lo espiritual, buscando que los valores del Evangelio fueran creídos y vividos por aquellos que le habían sido confiados.

En nuestro patrono encontramos el modelo de un Obispo-buen pastor que se gastó y desgastó dando su vida por las ovejas. Buen Pastor sólo hay uno, Jesucristo, pero los cristianos participamos de Jesús el Buen Pastor, todos por el sacramento del bautismo y algunos por el sacramento del ministerio ordenado. En definitiva, todos estamos llamados, con nuestras palabras y nuestras obras, a entregar nuestra vida por el Reino de Dios, por el anuncio del Evangelio.

Me conmueven las palabras proclamadas al inicio del Evangelio según San Juan que acabamos de escuchar: “*Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estragos y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas*” (Jn 10, 11-12). Suenan con dureza estas palabras de Jesús que nos deben llevar a hacer examen de conciencia personal y preguntarnos cómo es nuestra vida de pastores: ¿somos buenos pastores que damos la vida por las ovejas o somos asalariados a los que realmente no nos importan las personas que nos han sido entregadas, dejándolas en medio del peligro de los lobos de nuestra sociedad actual?

Para responder a esta pregunta y, con el fin de no hacer demagogia, me sirvo de las palabras del Apóstol Pedro, que dio su vida aun habiendo negado al Señor tres veces: *“A los presbíteros en esa comunidad, yo, presbítero como ellos... os exhorto: sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño”* (1 P 5, 1-4). No es fácil ser buen pastor en la situación actual donde la Iglesia vive a la intemperie y nos encontramos con una fuerte descristianización que no toca fondo. Son muchas las tentaciones que nos acechan y que nos llevan a una vivencia insuficiente de nuestra identidad cristiana y presbiteral. El Papa Francisco, en el capítulo II de su Exhortación Apostólica programática para toda la Iglesia *Evangelii Gaudium*, describe en su primera parte los lobos del mundo actual: una economía de exclusión, la nueva idolatría del dinero, la desigualdad que genera violencia, los ataques a la libertad religiosa o la profunda crisis de la familia. Y en la segunda parte señala las tentaciones a las que se enfrentan los agentes de pastoral ante estos desafíos del mundo: la acedia egoísta que sólo busca la autonomía personal, el pesimismo estéril de aquél que se da por vencido sin haber comenzado la batalla por la evangelización, la mundanidad espiritual que persigue la gloria humana y el puro bienestar, la guerra entre nosotros, es decir, la pérdida de la comunión.

Queridos hermanos: el fenómeno de la secularización nos preocupa a todos y nos interpela. Y ante la magnitud de este hecho no podemos quedarnos tranquilos ya que la Iglesia existe para evangelizar. San Pablo VI en el n. 14 de *Evangelii Nuntiandi* escribe: *“Nosotros queremos confirmar, una vez más, que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar...”*. Estas palabras escritas en 1975 no dejan de interpelarnos y sorprendernos por su actualidad.

¿Qué podemos hacer ante esta situación que nos desborda y que supera nuestras propias fuerzas? El profeta Jeremías experimenta la impotencia y la pequeñez ante la misión que Dios le ha confiado: *“¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho”* (Jr 1, 6) Pero el Señor le da un mandato: *“A donde yo te envíe, irás, y lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte”* (Jr 1, 7-8). Cristianos de Osma-Soria, no tengamos miedo ante los desafíos y retos actuales. En esta empresa el Señor está con nosotros y nos da los medios para responder a su llamada. A Dios no le interesan tanto nuestras habilidades y cualidades cuanto nuestra disponibilidad. Si estamos dispuestos a servirle, Él nos hará aptos para su servicio. El Papa ha escrito una Carta dirigida al Pueblo de Dios que peregrina en Alemania (29-06-2019) *“Sinodalidad y sensus Ecclesiae, claves de la vida y misión de la Iglesia”* y que aconsejo leer. El Papa señala que una de las primeras y grandes tentaciones a nivel eclesial es creer que las soluciones a los problemas presentes y futuros vendrán exclusivamente de reformas puramente estructurales, orgánicas o burocráticas. Esto llevaría a una Iglesia organizada y hasta modernizada, pero sin alma ni novedad evangélica que sería el reflejo de un cristianismo desvirtuado y gaseoso: *“La transformación a operarse no puede responder exclusivamente como reacción a datos o exigencias externas... La transformación verdadera responde y reclama también exigencias que nacen de nuestro ser creyentes y de la propia dinámica evangelizadora de la Iglesia, reclama la conversión pastoral”*.

Como Iglesia diocesana estamos buscando caminos que nos lleven a vivir la comunión para la misión. No apaguemos el Espíritu Santo con nuestras debilidades poniendo pesadas losas de desesperanza a la resurrección del Señor. Pongámonos con alegría y gozo al servicio de la Iglesia para ir sembrando el Reino de Dios con generosidad y disponibilidad. Que San Pedro de Osma sea para nosotros ejemplo y estímulo de una acción misionera incansable. Y que la Virgen María, Reina de los Apóstoles y Estrella de la nueva evangelización, sea la Madre que nos sostenga en nuestro caminar. Amén.

✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria